

Opinión

La amiga insustituible

Las buenas amigas son irremplazables. Anita de Aguirre Hoffa era una de ellas. Por eso, su recuerdo perdurará entre quienes la quisimos, admiramos su personalidad, su trayectoria profesional, su sensibilidad y preocupación social y la valentía para enfrentar su enfermedad. Un ejemplo y una herencia. Con ella compartimos innumerables vivencias desde aquellos tiempos en que quisimos cambiar el mundo. En que creíamos en la fuerza de la unión, que entre muchos las cosas podrían cambiar para el bien de todos. Entre los recuerdos indelebles está el haber pasado, junto a otras, la aciaga fecha del 11 de septiembre de 1973.

Anita nació en Concepción, era una penquista avocada en Santiago. Siempre dejó un lazo con el lugar donde estudió, el Colegio Inglés, la Inmaculada Concepción y la Universidad de Concepción. Se tituló de profesora de Francés y su primer trabajo recordaría fue en el Liceo de Yumbel. No sentía el cansancio de viajar diariamente a la ciudad del santuario. Era joven y entusiasta. Integró el Coro de la Universidad, otra experiencia que resultó inolvidable porque coronaba su amor y amplio conocimiento de la música, que le permitía reconocer una pieza docta con solo los primeros acordes.

Debió dejar Chile y vivió décadas en Milán donde siguió estudiando y se perfeccionó en psicología. Aunque abandonó su país, parte de su corazón siguió aquí junto a los suyos, pero también a gente que necesitaba ayuda, especialmente en temas tan sensibles como el acceso a la salud. Pensaba que allí estaba la esencia de una buena acción política. Por cierto, priorizó a Concepción. Con el aporte de la cooperación italiana, canadiense y sueca en aquellos años duros consiguieron financiamiento para crear el Centro de Salud del Valle Nonguén, que hoy es un servicio de referencia para la Región del Biobío y que atiende a 17.000 personas. Otra de las gestoras del proyecto la docto-

ra Cecilia Villavicencio lo recordó en su funeral.

De regreso en Chile, se desempeñó en el naciente Ministerio de la Mujer, la Municipalidad de Santiago y en la Dirección de la Comunidad de Chilenos en el Exterior, del Ministerio de Relaciones Exteriores, que dirigió. Desde la Dicoex visitó diversas comunidades en distintas partes del mundo, muchas de las cuales la recordaron con afecto y agradecimiento en el momento de su muerte.

No abandonó la política. Nunca perdió la esperanza. Desde el partido en que militaba se desempeñó en el área de la Mujer y desarrolló impor-

tantos proyectos para incorporar y destacar a mujeres que se lo merecían, en Chile y en América Latina. Su último gesto fue concurrir a votar el 29 de junio.

Tras una cierta edad, vemos cómo parten quienes conformaron nuestro mundo. Es cierto, todos estamos invitados a ese viaje, nos indica la razón; aun así cuesta aceptarlo. Se van los que fueron jóvenes, junto a nosotros, con quienes compartimos momentos felices en ese

tiempo donde "nuestra alma estaba sin media suela", como canta Serrat.

Quiero pensar que entró en la muerte, en ese espacio desconocido, con los ojos abiertos, como Marguerite Yourcenar hace hablar al emperador Adriano y que solíamos comentar. Que en el momento final el 11 de julio volvió a recorrer esos parajes que ya no volvería a ver. Su

infancia, sus padres, su gran y generosa familia, la Universidad, el coro e Italia, ese bello país que tanto amó.

Tras una cierta edad, vemos cómo parten quienes conformaron nuestro mundo. Es cierto, todos estamos invitados a ese viaje, nos indica la razón, pero aun así cuesta aceptarlo.



MÓNICA SILVA ANDRADE
Periodista